


# Amor y

# LÁGRIMAS

ANTONIA M<sup>A</sup> CHICO LOBATO



 SAMARCANDA

---

---

# Antecedentes históricos

El mundo conoce la expedición de Magallanes y Elcano. Mucho se ha escrito y comentado sobre esta hazaña. No tiene parangón en la historia de la humanidad. Escritores españoles y extranjeros se vieron seducidos por ella y la estudiaron bajo su enfoque personal en multitud de novelas, artículos y ensayos.

Muchos españoles, hombres de fuerte carácter y valientes, han realizado hazañas que nos asombran a lo largo del tiempo; ese tiempo transcurrido desde los primeros pobladores de Iberia hasta nuestros días. No voy a relatar la cantidad de hechos memorables que tenemos en nuestro haber los españoles a lo largo de nuestra historia particular, pero sí recordaré los dos sucesos que me enorgullecen personalmente.

En 1492, Colón descubrió el continente americano. La expedición fue auspiciada por los Reyes Católicos, principal razón de que volviera a salir en otra buscando un camino para llegar a Filipinas sin ser acosados ni acusados por Portugal, que tenía el camino por el continente africano vigilado.

---

Y terminamos no sin antes mencionar que sobre el año 1773, el jefe de la Armada, capitán de guardias marinas y director de su escuela, rector del Real Seminario de Nobles de Madrid, don Jorge Juan y Santacilia, humanista, ingeniero naval y caballero de la Orden de Malta, consiguió realizar la medición del meridiano del Ecuador, como relata José Calvo Poyato en su libro *El espía del rey*.

El objetivo de la presente novela es doble: por un lado, celebrar el 500 aniversario de la vuelta al mundo de Fernando de Magallanes y Juan Sebastián de Elcano, documentado a través de la Real Casa de la Moneda de Sevilla y del Archivo General de Indias; y por otro, reconocer la gran labor, igualmente intrépidos, de los tripulantes desconocidos, anónimos, de esta gesta de valor incalculable para el desarrollo de la civilización, de la cultura y del conocimiento de un mundo por fin descubierto en su totalidad. Una aventura que empezó y terminó en Sevilla, patrocinada por Carlos I de España y V de Alemania.

Mi novela es, dentro de los hechos históricos reconocidos y registrados en los documentos oficiales y públicos, la aventura contada a través de un personaje anónimo de mi invención. Dedico mi humilde y sentido homenaje a todos los viajeros desconocidos de este gran viaje. Creo que la memoria de estos simples marineros es también honorable y digna de mención.

---

# Prólogo

Escribir este prólogo para una escritora de la talla de Antonia María Chico, autora de una trilogía de la que ya se habla en toda España y América (esta, a buen seguro, llevada muy pronto a la pantalla grande), supuso para mí un gran reto.

La novela que tienen en sus manos, *Amor y lágrimas*, no la podría encasillar en una categoría específica porque rompería cualquier límite puesto.

¿Novela romántica? ¿De aventura? ¿De época?

Podría contestar afirmativamente a todos esos interrogantes y estaría siendo honesto con la trama de esta obra.

La autora comienza su relato en España. Va tomando datos históricos, reales, para envolverlos con la magia de sus letras e irnos presentando un preámbulo de todo cuanto se desarrollará durante el transcurso de la trama.

Luego, de forma magistral, nos traslada hasta la última joya de la corona de España en el Caribe, la bella isla de Cuba. Es allí, en esa tierra llena de embrujos y misterios, donde Antonia María Chico se va nutriendo de su néctar para dar vida a los distintos personajes que van a poblar, que van a vivir, que van a ir formando parte del lector a medida que lee sus páginas. Ellos, los personajes, llegan a

---

un momento en que deambulan a su libre antojo, en que toman aire propio, soltándose de la mano de su creadora, rompiendo ese cordón umbilical que existe entre el autor y estos, sin dejar de pertenecerse el uno a los otros.

Antonia María Chico logra crear escenas que nos dejan pasmados. ¿Lo habrá hecho intencionalmente o será parte de la magia? Esta pregunta solo ella nos la podría responder, y les anticipo que sería una interesante charla. Dentro de las almas creadas en esta novela, amaremos algunas y odiamos otros con todas nuestras fuerzas.

La autora nos habla aquí de la isla como si fuera nativa de la misma. Ha logrado captar la esencia mágica del isleño. Conoceremos sus costumbres, sus comidas, el sincretismo de la religión católica y la religión africana, practicada por los esclavos y algunos blancos también.

Los detalles son pistas que va dejando al viento para luego, al doblar una esquina, darnos cuenta de por qué lo hace.

Hay momentos de amor, con descripciones inigualables; de dolor sentido, hasta las mismas entrañas. La vida en toda su plenitud está volcada entre las páginas de este libro.

En algunos momentos, al leer, pueden cerrar sus ojos y sentir por un instante la brisa del mar Caribe cargada de olores; el sonido del mar cuando le canta a la orilla, que recibe sus olas con bordados de espumas; el trinar de los pájaros; hasta el calor que produce el sol antillano. Antonia María Chico juega con sus personajes creando una atmósfera que nos abraza poco a poco, y llega un instante en que no podemos desprendernos de esta, ni dejar a un lado la novela.

No les voy a seguir hablando de la misma porque deseo que se atrevan a leerla y dejarse cautivar con su historia.

Bien vale la pena.

Jorge Luis Seco

---

# I Triana

Anochece en la ciudad del Guadalquivir. Me llamo Manuel y nací en Sevilla el año 1504, en el arrabal de Triana. En el mes de diciembre del presente 1519 cumpla quince años. He terminado mi jornada de trabajo y vuelvo a casa después de repartir cestos de cisco a las clientas de mi patrón. Llegué al amanecer al Postigo del Carbón y no he parado en todo el día. Un pedazo de pan con queso y un poco de agua es lo que he comido. Tengo que llegar al Muelle de la Sal y cruzar por el Puente de Barcas hacia el otro lado del río, pues mi casa está allí, cerca del Callejón de la Inquisición. En mi mano llevo un maravedí por el trabajo realizado de muchos días, el cual daré a mi madre. En el río me lavo un poco las manos y la cara, pues las llevo negras del hollín. Los dedos casi no se me ven, ni se distinguen, tanto de las manos como de los pies, así que me los mojo y refriego bien antes de llegar. No quiero que mi madre me vea tan sucio. Ella es tan hermosa y limpia que seguro que me regañará y volverá a lavar. Tendrá mi camisa de ayer limpia. Solamente tengo dos muy grandes, porque son de mi padre, igualmente rotas, pero al menos huelen a jabón.

---

Mi madre tiene sus manos hinchadas, casi sin uñas y llenas de durezas porque lava las ropas de las casas señoriales de la ciudad. Al alba se levanta y luego de dar el pecho a mi hermano pequeño José, lo deja al cuidado de mi hermana Silvia y corre a las casas llevando las prendas recogidas del día anterior. Por su trabajo le pagan dos maravedís y compra en el mercado lo que le da para pan y verduras. Somos cuatro en casa: ella, mis hermanos y yo. Apenas da para alimentarnos, no hay para zapatos ni ropa. Yo llevo unas alpargatas que me ha entregado mi patrón. Me quedan grandes, me tropiezo al andar, pero al menos no me destrozo los pies. Mi padre apenas pasa por casa y no lo conozco bien; desaparece durante días y días. Es pescador y viene cuando le apetece. Muchas veces, cuando se ha gastado ya el jornal. Sé que no es muy alto, tiene pelo desgreñado y ojos negros. Muchas veces mis padres riñen entre ellos. Yo prefiero que no venga, pues temo que un día me lleve con él y no vuelva a ver a mi madre. Ella nos cuida y siempre está en casa. Bueno, es una habitación, en un corral donde hay otras familias como nosotros. La mitad del dinero que ganamos es para poder vivir allí. Cuando termino, todos los días, como hoy, voy a casa corriendo para verla.

Al acercarme al portal, oigo voces. Son mis padres discutiendo. Espero un poco en el patio. Sé que mi llegada será un motivo más de discusión y agravará los gritos de mi padre. Lo que temo es que me pida el dinero que llevo para mi madre. No quiero dárselo porque se lo gasta en la taberna bebiendo vino con otros hombres; mientras, nosotros pasamos hambre.

—¡Un día no volveré, Ana! Te lo advierto.

—¡Si no traes dinero o comida, no vuelvas, Antonio!

—¡Me lo llevaré y no lo volverás a ver! Ya tiene edad de aprender un oficio y ganarse la vida. Será pescador, como su padre. Está dicho y así será.



---

Sé que se refiere a mí y se me eriza el pelo pensando en que no volveré a ver a mi madre en muchos días.

—¿Cómo tú? —Prosigue la discusión aún más fuerte entre mis padres.

—¡Sí, como yo! ¿Acaso no te he alimentado y cuidado estos años?

—Solo me has dado tres hijos a los que cuidar y no ganas suficiente para todos.

—¡Hoy te han pagado, Ana! Dame lo que tengas.

—He comprado comida y no tengo nada.

En la mirada de mi padre hay ira y mamá teme que pase a la violencia, como casi siempre, pero la supervivencia de sus hijos es su prioridad y se niega a obedecerlo.

Los gritos de mi madre me hacen pensar que está zarandeándola, como tantas otras veces, para que le dé el dinero. Me escondo tras un macetón de claveles marchitos que hay en el patio; es de la vecina Petra. Espero que aquí no me vea. Quiero seguir viviendo con mi madre. Jamás me marcharé con él.

Los pasos de mi padre saliendo al patio me desconciertan y me escondo aún más, manteniendo la respiración para que no me descubra. La oscuridad del lugar me ayuda a ocultarme tras el macetón. Gracias a esto, mi padre no me ve. Los vecinos se han metido en sus casas conociendo el mal carácter de mi progenitor. El patio está vacío y sin luz, así que pasa junto a mí y sale del corral a la calle gritando maldiciones contra mi madre.

Pasado el susto, entro en casa. Mi madre llora dando el pecho al pequeño José mientras mi hermana da suspiros y hace pucheros sentada en el suelo junto a sus pies. Sus ojos verdes piden consuelo y yo me acerco a ella acariciando su pelo castaño enredado. Mamá no habrá tenido tiempo de peinarla hoy. Tiene siete años y la cuido siempre que puedo. Ella vigila al pequeño cuando mamá

---

sale de casa. Tampoco tiene zapatos, porque no necesita salir a la calle.

—¿Volverá esta noche, mamá? —pregunto, preocupado.

—Esta noche no creo, hijo. Puedes dormir tranquilo.

—Toma, me han pagado hoy.

Los ojos de mi madre se humedecen y me miran con cariño. Sus manos me acarician y es lo único que necesito para vivir.

El pequeño José duerme después de mamar y mi madre lo deja en la cama que compartimos. De un hueco de la pared ella saca unas sardinas ahumadas, que repartimos entre los tres. Después de cenar, nos dormimos juntos en un jergón de paja, sobre el suelo. Todos esperamos un nuevo día, y que nuestro padre no vuelva hasta el amanecer.

Al alba, mi madre me despierta para ir al carbón:

—Vamos, hijo, ya ha amanecido. Vete antes de que vuelva tu padre. Voy a comprar comida para que el fruto de tu trabajo no se lo gaste en vino.

Así es la vida en nuestra pequeña casa.

Mi padre no aparece hoy. Dos días después, lo hace para coger una camisa y despedirse de mi madre, pues se marcha de pescador a Sanlúcar de Barrameda durante un largo tiempo.

Cuando yo regreso por la noche, respiro tranquilo: estaremos sin él una buena temporada. Veo a mi madre más relajada. Mi mamá, Ana, es bajita pero bien formada, de pelo oscuro y ojos azules, algo raro en el barrio, aunque no inaudito. Hay muchos en su familia que tienen los ojos claros. Mi hermana también los tiene. Le pusieron Silvia por una tatarabuela que los tenía del mismo color. Mi madre dice que es herencia de los vikingos hace muchos muchos años. El andar de mi madre es alegre y su piel, color aceituna. Es resuelta, muy trabajadora. Yo la ayudo todo lo que puedo y me gustaría progresar en el negocio del carbón.

---

Aunque es un trabajo sucio y su polvo ha matado a algunos aprendices antes. Pero no me importa el trabajo si después veo una sonrisa en la cara de mi madre.

Yo no sé a quién me parezco. Los vecinos dicen que mi aspecto es como el de mi padre, pero que tengo buen corazón y mejor carácter que él. A mi madre la quieren mucho en el corralón. Nuestra vecina Petra la consuela cuando mi padre la golpea. Aparece en la habitación para que mi padre no le haga daño. No conozco a mis abuelos: todos murieron. Mi padre tiene un hermano mayor que es igual de malandrín. Los dos son pescadores temporeros. Aparecen y desaparecen. Cumplen con sus vidas al margen de nosotros. Mi tía vive en otra calle, cerca de la iglesia de Santa Ana. Algunas veces nos vemos, casi siempre los domingos, que no se trabaja. Tengo un primo, mayor que yo, aprendiz de alfarero en el mismo barrio de Triana. Se llama Gonzalo.

---

---

## II

# Sevilla

Al otro lado de Triana, cruzando el río Guadalquivir, la ciudad de Sevilla se ensancha. Allí viven los hombres propietarios de grandes negocios, tinteros, hilanderos, orfebres, panaderos, herreros, cordeleros, indianos que han vuelto ricos de América. Religiosos, maestros, albañiles, funcionarios del puerto, militares, administradores de la Casa de la Moneda, criados de los palacios y casas de grandes hombres, trabajadores del Archivo de Indias, controladores de barcos, soldados de la aduana y la Torre del Oro. Es una ciudad grande, ruidosa, con damas bien vestidas y casas grandes donde se reúne la alta sociedad. Ese ajeteo da trabajo a muchas criadas y a muchos mayordomos. Las iglesias y conventos abundan por toda la ciudad, dentro de sus murallas. Todo ese entramado social da de comer a muchas familias que viven en la ciudad y por sus cercanías. Los sacristanes abundan, así como los porteadores, aguaceros, lecheros, y no podemos dejar a un lado que el cementerio también trabaja al ritmo que crece la ciudad. La cárcel es enorme y está llena de presos y esclavos que intentan huir, de rateros y gente de mal vivir que se dan a los duelos y a

---

cuchilladas por la noche, al amparo de la oscuridad. La picaresca está a la orden del día y por cualquier descuido estás en la cárcel. Los gobernadores son muy estrictos y religiosos, con lo cual, el que no va a misa puede pasar por hereje y verse con los pies en la cárcel acusado de ateo; incluso peor, si te hacen pasar por un juicio de buen cristiano. Cerca del puerto se mezclan los olores de las diferentes mercancías y hay mucha suciedad. Pero es mi ciudad y me gusta.

Me voy al puerto con mi primo Gonzalo los domingos para mirar los barcos. Hay unos navíos grandes, goletas y barcazas de transporte, propiedad de comerciantes de las Indias, que esperan su llegada muy bien vestidos, con trajes de finas telas y colores muy vistosos. Sus hijas, acompañadas de criadas, llegan en carruajes y en sus manos portan pañuelos de encaje y seda. Muchas llevan sombreros a juego con los vestidos y todos las miramos embelesados mientras descargan los paquetes y baúles de los pasajeros que vienen con ellos.

Otros barcos son de pescadores que vienen de Sanlúcar, Cádiz y Huelva con pescado, marisco, frutas y multitud de cosas. El comercio con las Canarias es fluido. Aún se recuerda la salida de Colón, que produjo mucho alboroto en toda Andalucía y estas tres ciudades. Desde entonces no se ha parado de trabajar y dar empleo a muchas personas. La ciudad es rica y próspera. Se cuenta que algunos de los que embarcaron hacia las Indias murieron, pero que otros volvieron ricos. La imaginación vuela pensando en salir de Sevilla dentro de alguna nave de esas que van al otro mundo.

—¿Te gustaría ir en uno de esos barcos grandes, primo? —le pregunto a mi primo.

—No sé. Nunca he subido a uno. Es decir, a ninguno. Ni pequeño ni grande. Mi padre no me ha dicho nada de ir con él a

---

pescar. Creo que quiere que cuide a mi madre y mis hermanos. ¿Y tú?

—No dejaría a mi madre sola. Mi padre no está nunca y mis hermanos son muy pequeños. Pero si pudiera...

—Yo quiero ser dueño de una alfarería como en la que trabajo. Me gusta aprender. Quisiera ser maestro en este oficio. No gano mucho, pero pronto llegaré a conseguirlo.

—Yo no pienso en eso. Estoy cerca de casa, y no me tratan mal en la carbonería.

Se oye un alboroto. La guardia corre tras un hombre de color que se escabulle entre la multitud. Al ver al alguacil, la muchedumbre se dispersa y ven al esclavo tirarse al río. No sabe nadar. Le disparan en la espalda. El pobre moreno se ahoga y su cuerpo es arrastrado por la corriente. Todos se acercan a mirar y se santi-guan al ver cómo el cuerpo, flotando en el río, se aleja rápidamente. No lo sacan del agua, ni lo intentan. Para la autoridad, es un pobre diablo que no merece ser enterrado. Aquello deja a la gente hablando de lo ocurrido toda la tarde. Su dueño protesta por la pérdida de un esclavo y la discusión cesa cuando el alguacil da por zanjado el asunto al recibir unas monedas del comerciante. Parece ser que ha intentado escapar. Luego, nuestra atención se centra en la margen del río, donde, por la escalerilla de un barco, aparece una joven bien vestida y dos criados más, quienes llevan sus pertenencias. Mi mirada se cruza con la de ella, pero rápidamente la desvía hacia otro lado. Yo quedo prendado de esa muchacha. Su padre baja también con varios criados más y muchos bultos. Se me va la vista tras ella. Es la primera vez que se me alborota el corazón de esta manera...

No dejo de seguirla con la mirada, pero ella ya no vuelve la cabeza. Seguramente ni se ha dado cuenta de mi existencia. Además, ¿cómo va a mirarme con la pinta que llevo? Una camisa rota y un pantalón de mi padre roído también. Mi pelo, alborota-

---

do. Y mis ojos, desencajados al mirarla. No. De ninguna manera me mirará, pasará sin más.

La joven y su padre se suben a un carruaje y se marchan con sus criados y sus pesadas maletas, alejándose hacia la ciudad y perdiéndose entre los otros viajeros, los caballos y la carga del barco recién atracado. Sin embargo, tengo curiosidad y me fijo en el navío del que ha bajado. Pregunto por el nombre, ya que no se leer, por curiosidad y por un presentimiento. Me dicen que el nombre del barco del que ha bajado la joven del traje azul de terciopelo, con guantes y sombrero con plumas, es uno de los azogues. Se llama Santa Cruz. Más tarde me enteraré de qué significa ese nombre y quién es ella.

Pero, un momento, estaba equivocado: la joven, antes de perderse entre la multitud, sí gira su cabeza...

Es el mes de enero de 1519. Hace frío en la ciudad. La humedad nocturna del río es terrible y en casa no hay carbón suficiente para toda la noche. Mi patrón me da un pequeño saco de restos, pero nos congelamos cuando se acaba de madrugada. Los cuatro nos acurrucamos en el lecho de paja del suelo. Como estamos muy cerca del agua del río, la bruma cubre la calle y entra por los portales, taladrando nuestros huesos. Mi madre nos aprieta y nos da todo el calor que su cuerpo puede desprender.

Mi padre ha vuelto a la ciudad, pero no a casa. Me lo dijo mi primo hoy, pues su padre hace días que llegó.

—¿Dónde crees que está mi padre, Gonzalo?

—He oído que van con mujeres a gastarse la paga.

—¿A dónde van?

—Por la Alameda de Hércules y sus alrededores. ¿Vamos a mirar si está allí, Manuel?

—Nunca he ido por ese lugar... Si me acompañas, iremos a averiguar.



---

—De acuerdo. Cuando terminemos de trabajar, te espero en el Altozano.

Aquel plan me tuvo todo el día dándole vueltas a la cabeza. ¿Por qué mi padre hace esto? Mi madre es buena, nos cuida... Ella no va con hombres, como otras del barrio, para ganar más dinero. Nos apañamos. Tengo que averiguar dónde está y despejar mis dudas, aunque espiar a mi padre no me parece bien.

Nos encontramos al anochecer en el lugar acordado. Me acerco antes a casa por si hubiera vuelto mi padre y para que mi madre no se preocupe ante mi retraso. Le digo a ella que mi primo quiere hablar y que volveré pronto.

Cruzamos el río y bajamos hasta la iglesia de la Magdalena; luego hasta la Campana y la Encarnación. Allí ya hay rastro de hombres que van y vienen de aquel lugar de prostitución, aunque caminamos con cuidado de no cruzarnos con los alguaciles. Nos guiamos por los que regresan del lugar. Los alguaciles hacen la ronda, pero también la vista gorda si les das dinero. Pero cuidado, que está prohibida esa actividad y mal vista por el obispo. Se les permite a las prostitutas ejercer la prostitución en ciertas casas previo control y pago de un arancel... Así se dice que está controlado, pero es un negocio en dos direcciones. El ambiente callejero nos lleva en dirección correcta. Varias calles cercanas a la Alameda tienen sus puertas abiertas a pesar de la hora y la oscuridad. En un zaguán, una señora nos invita a entrar descaradamente. Entonces lo veo. Mi padre sale de una de esas casas, un poco borracho y despidiéndose de una mujer con poca ropa y de vivos colores, aunque predominaba el rojo. Se besan en la calle sin miramientos. Me quedo quieto como un animal de cacería. Nunca he visto a mi padre tratar así a mi madre; es decir, cariñosamente. Él siempre le recrimina y la fuerza para hacer lo que quiere. Si no le hace caso, la golpea. ¿Por qué? Ella es mucho mejor que esa prostituta. Nunca lo perdonaré.

---

Me siento avergonzado, quiero desaparecer de allí. Nos ocultamos en la oscuridad de un portal cercano y me dispongo a volver corriendo a casa para llegar antes que él. Me despido de mi primo. Siento rabia y odio hacia mi progenitor. Jamás le he tenido estima, pues él nunca me demostró cariño, pero esto me reafirma cosas sobre su carácter. Me prometo que nunca jamás tendré ese comportamiento con mi futura esposa. Si me llego a casar y formo una familia, seré bueno con ella. Las lágrimas brotan de mis ojos y me siento realmente abochornado. De ahora en adelante no permitiré que ese canalla ponga las manos encima a mi madre. Tengo quince años, pero la defenderé con mi vida.

Llego a casa triste y lloroso. Hago un esfuerzo para recomponerme y parecer el de siempre ante mi madre, quien, al entrar, me mira regalándome una de sus hermosas sonrisas.

—Vienes ojeroso, hijo. ¿Te ocurre algo? —Se sorprende al ver mi cara y su rostro cambia de gesto: parece muy preocupada.

—No, mamá, es que vengo corriendo y como hace frío... — logro decir.

—¿Te dijo tu primo si ya volvió su padre?

—Lo esperan hoy.

—Bien, entonces tu padre llega también a casa.

Noto que su semblante no es el de esa esposa que espera con ilusión a su esposo, y con razón. Nunca sabemos cómo se portará, antes de que se marche de nuevo. La incertidumbre nos envuelve a todos y tensa el ambiente. Silvia, instintivamente, se acerca a ella tirando de sus faldas y la tristeza aparece en sus hermosos ojos verdes de inocencia.

Todos los reconocemos al instante: los pasos de mi padre se dejan oír en el patio. Su voz, hablando con el vecino, nos confirma que no nos equivocamos. La inquietud flota en la pequeña habitación, temiéndonos lo peor. Golpes en la puerta hacen correr a

---

mi madre, que quita las vueltas a la llave y la puerta se abre con violencia.

—¿Qué pasa aquí? ¿No me dejas entrar en mi casa? —Estas son las primeras palabras que oímos después de varios meses de ausencia.

—Cuando llega Manuel, cierro la puerta. Me has dicho que lo haga siempre así.

—Manuel se vendrá conmigo el próximo viaje. Debe aprender un oficio y ya tiene edad.

—¡No, por favor, déjalo aquí esta vez! Solo una vez más. Aún es pequeño.

—Con su edad yo ya iba a la pesca. ¡Está decidido!

Huele a alcohol. Lo odio con todas mis fuerzas, pero sé que oponerme a él en este momento no es lo más sensato, pues mi madre se interpondría y la golpearía, así que callo, aunque en mi cabeza empieza a surgir una idea...

Hasta dentro de unas semanas no se embarcará otra vez, pero la convivencia no es agradable en casa, así que no volveré más. Me despiden de la carbonería y, con lo poco que me dan, me compro ropa usada, pero al menos no está rota. Me lavo en el río y me voy al puerto. Allí hay trabajo para todo el que quiere esforzarse.

No soy ni alto ni bajo, pero mis piernas y mis brazos soportan la carga y descarga de los barcos que me quieren emplear. Duermo entre las sacas y mercancías. Me dan algo de comer y a veces, cuando puedo, voy a casa para ver a mi madre y mis hermanos, vigilando siempre que antes salga mi padre. Estos encuentros son mi única razón de vivir. La alegría nos llena el corazón al vernos. Le doy a mi madre lo que gano.

Pasan los días y mi primo me alerta de que mi padre me busca para embarcarme con él. Gonzalo lo sabe todo y me guarda el secreto.

---

—No me iré con él, primo. No después de lo que vi. De su comportamiento.

—Te entiendo y te ayudaré en lo que pueda.

—Avísame cuando zarpe de nuevo.

—Cuenta con ello.

En el mes de marzo, un cambio inesperado se produce en el río: grandes navíos se concentran en el puerto de Mulas. Naves más pequeñas viajan a Sanlúcar preparando una nueva expedición. Los nombres de los capitanes suenan por toda la ciudad. Un portugués llamado Hernando de Magallanes, no muy conocido en la urbe, y otros como Juan de Cartagena, Gaspar de Quesada, Luis Mendoza y Juan Serrano avalan la travesía. Decenas de marineros se alistan. Aún suenan en los oídos de los sevillanos las historias y aventuras de la gesta de Colón y las riquezas de los que se fueron con él. Por otro lado, la necesidad es grande entre la clase pobre, analfabeta y aventurera. En algún momento pensé que mi padre se embarcaría y así estaríamos libres de él por mucho tiempo. Vigilo las entradas y salidas de los navíos para saber si es así. Le pregunto a Gonzalo si ha oído decir algo a su padre de embarcar rumbo a lo desconocido (los hermanos siempre están juntos), pero las conversaciones en su casa no van en esa dirección. Eso me da un poco de tranquilidad, pues seguro que no aparecerá por los muelles del puerto. Mi plan, por el momento, ha sido una buena idea.

—¿Me busca mi padre, Gonzalo?

—Por todas partes. Ha ido al Postigo del Carbón. Hiciste bien en despedirte. A veces creo que me sigue. Sabe que somos amigos y piensa que sé dónde estás. Debo tener cuidado.

—Gracias. La próxima vez nos veremos cerca de la Catedral, pues hay muchos guardias y no es su ambiente.

—De acuerdo.